

Cultura y desarrollo local: un camino abierto hacia la ciudadanía

Albert Moncusí Ferré

Departament de Sociologia i Antropologia Social

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Vivimos una era marcada por una globalización que se caracteriza, entre otras cosas, por un distanciamiento entre la experiencia de espacio y tiempo y por la intensificación de lazos ya existentes, con flujos de tecnología, personas, capital financiero, medios e ideas (Appadurai, 2001). Ello se produce en un contexto de enormes desigualdades entre distintas regiones del planeta con gran contraste entre aquellas zonas desde las que suelen originarse los flujos y otras para las que parece reservado el papel de receptoras (Friedman, 2001). Con todo, aquellos flujos acaban tomando forma particular en cada contexto local con lo que se conoce por glocalización (Robertson, 2000; Hernández Martí, 2005). Así, por ejemplo, es posible ofrecer productos de artesanía, gastronomía, patrimonio local, ocio o conjuntos arquitectónicos en el mercado global, aderezados según exigencias de un potencial consumidor que acabará encontrando en ellos algo particular. Al mismo tiempo, una mercancía puede ser distribuida por todo el planeta, pero adaptando el producto a distintos mercados.

El nuestro es, además, un mundo en el que las categorías de ciudadano y consumidor prácticamente se funden, puesto que el consumo privado de bienes y servicios va ocupando el lugar de los mecanismos democráticos a la hora de responder a interrogantes como dónde informarnos y cómo y quién defenderá nuestros intereses (García Canclini, 1995). Así las cosas, el consumo se postula como fundamento actual de la constitución de sujetos ávidos de experiencias en una etapa marcada por la búsqueda de la calidad (o el valor), por encima de la cantidad (o el volumen) (Aguilar, 2005) y en la que ocupa un lugar central la mercantilización de experiencias (Rifkin, 2002).

Tanto el protagonismo del consumo como las incertidumbres que derivan de la globalización y, en particular, aquellas vinculadas con la necesidad de buscar formas sólidas de identificación colectiva, representan un interesante punto de partida para pensar en el desarrollo local. Vaya por delante que entendemos como tal la mejora de las condiciones de vida de un colectivo que habita un ámbito territorial relativamente reducido y claramente delimitado y cuyos miembros se consideran, como mínimo, conocidos. Se trata de un proceso que resulta de una dinámica endógena pero relacionada con medios y agentes exógenos, centrado sobre la propia especificidad que caracteriza el colectivo en relación o comparación a otros. Es al mismo tiempo sectorial (con cierta especialización) e integral (todos los recursos se orientan hacia el proceso) (Rodríguez González, 1998). El desarrollo local tiene como meta la mejora de la calidad de vida de los integrantes del colectivo, a través de un incremento de oportunidades que permitan no sólo el crecimiento económico sino también el impulso de la cohesión social (Rausell, 2007). Una finalidad que se intenta lograr con un ejercicio de planificación estratégica ¿Cómo puede verse potenciado el proceso que acabo de definir en un mundo donde consumo e identificaciones ocupan semejante lugar? La respuesta radica en la cultura.

La cultura es fundamentalmente un conjunto de recursos que permiten dar sentido y significado al mundo, mediante códigos y símbolos que compartimos con nuestros semejantes; es la forma en la que se manifiesta, en la práctica, nuestra capacidad creativa e innovadora. La cultura orienta nuestra conducta con valores y fundamenta la cohesión, la integración social y la identidad, aunque también puede conllevar temor ante las innovaciones y la creatividad y rechazo a códigos y principios culturales que se consideran ajenos. Y es que, a pesar de que es algo universal, la cultura se manifiesta de forma distinta en función de los diversos grupos que constituyen la humanidad y no es experimentada tampoco de la misma forma por parte de los miembros que componen aquellos colectivos. Esto evidencia la relación entre las culturas y los procesos de construcción y reproducción de identidades colectivas y permite intuir la relación entre desarrollo local y cultura. En la medida en que los miembros de una comunidad local compartan valores y formas de organización, símbolos que los definan y una memoria, tendrán materia prima para fundamentar una identidad compartida. Ésta es un componente importante porque su búsqueda y refuerzo puede contribuir a la cohesión del grupo. No obstante, la identidad va de la mano de la diferencia, por lo que el otro se convierte en un actor clave para subrayar los límites de la propia identidad. La cultura puede contribuir al desarrollo local, hoy, porque puede dotar de contenidos a proyectos de patrimonialización con los que una

comunidad quiere mostrar quien es a sí misma y a otros. Ello tiene un efecto simbólico en la satisfacción de los propios miembros del grupo, pero a la vez puede tenerlo material cuando aquellos “otros” vienen a disfrutar de la especificidad i autenticidad del nosotros (Moncusí, 2005).

Ocurre, también, que a parte de un conjunto de símbolos, la cultura es un campo de producción específico (Ariño, 1997). En este sentido, la industria de las artes y el sector cultural, en general, generan empleo y “marca” de un territorio, lo que lo valoriza reforzando creativamente la identidad de sus habitantes, por cuanto aumenta el abanico de representaciones del territorio (Grefe, 2001). Tanto el sector cultural y las industrias culturales como el turismo se nutren de consumidores que buscan experiencias como la autenticidad, el exotismo, las emociones más o menos placenteras o reforzar la identificación con un sector social o con unas ideas. La cultura puede contribuir pues, al desarrollo, de la mano del consumo, aunque al mismo tiempo puede conllevar desigualdades derivadas del distinto acceso a recursos por parte de los profesionales y empresas culturales o de la concentración de ellas en algunas zonas en detrimento de otras (Grefe, 2001)

Sin embargo, no acaba ahí la cosa. Desde un punto de vista antropológico, la cultura fundamenta una manera de ver el mundo que debe ser comprendida para que cualquier planificación estratégica tenga éxito. De hecho, debe ser el punto de partida de toda iniciativa. Es preciso un análisis profundo de los recursos culturales de los que disponen los distintos actores implicados en el desarrollo local. Ese análisis o diagnóstico es un primer paso a seguir en el proceso de desarrollo, aunque debe ir precedido de una voluntad compartida por la comunidad. El análisis deberá identificar actores –y perspectivas o discursos y relaciones entre ellos- dentro del sector cultural y en relación con él, para ver posibilidades de crear y llevar a cabo proyectos beneficiosos para la comunidad. Para ello, se deberá explorar la competitividad de dichos proyectos pero no sólo eso, sino también las posibles limitaciones que deriven de que algunos sectores sean ignorados u otros ejerzan formas de dominación que puedan lastrar el carácter comunitario del desarrollo. En este sentido, cualquier proceso integral deberá incluir administración, empresas privadas y sociedad civil. Un segundo paso en el proceso de desarrollo local será el establecimiento de relaciones y redes donde no las haya y la potenciación de las existentes, tanto a nivel interno como con el exterior.

Con todo, el propio esfuerzo será baldío si no lo acompañan algunos factores externos. En este sentido, pueden ser de ayuda iniciativas públicas específicas (declaración de Parque Natural u otras modalidades de espacios naturales, creación de figuras como la Capitalidad Cultural, programas de desarrollo como los LEADER o el Programa de Turismo rural de Argentina etc...) o cambios de organización política (descentralización administrativa...). También resultan importantes la financiación pública de investigaciones sobre el sector cultural, inversiones empresariales, asesoramiento científico (estudios prospectivos sobre potencialidad de desarrollo), formación, comercialización de productos locales, redes de cooperación empresarial, redes de investigación, infraestructuras y equipamientos, vinculación de entidades financieras y acceso al crédito, sistema de información territorial y asistencia técnica y asesoría (Albuquerque, 2003; Vázquez Barquero, 2009) para lograr estratégicamente diversificación productiva y creación de nuevas iniciativas públicas y/o privadas.

Así las cosas, el turismo cultural se perfila como una de las principales puertas al desarrollo local, pese a los riesgos que acarrea, de sobreexplotación y dependencia en relación al exterior. Una puerta que puede abrir hasta tres vías no necesariamente excluyentes entre sí: 1) Patrimonio y/o tematización desde la especificidad territorial (vía museos o ecomuseos). Se trata de contribuir a la valorización de la identidad local transformando cultura local (patrimonio) en recurso económico, pero también de ofrecer autenticidad y singularidad; 2) Festivales u otros eventos que ofrecen sentir experiencias únicas y particulares (aunque esto último no es exclusiva de estos productos culturales); 3) Mejora de servicios e infraestructuras culturales, lo que incluye innovaciones en políticas públicas, inversiones y servicios e incluso cambios institucionales cuando sean necesarios.

Las tres vías permiten llegar al consumidor y algunas contribuir al refuerzo de la identidad, aspectos ambos muy acordes con el contexto histórico que vivimos. Podríamos dejarlo aquí, pero hacerlo supondría arriesgarnos a adoptar una visión del desarrollo como campo en manos

del mercado y en el que –como no podía ser de otro modo- reina el oportunismo. En definitiva, consistiría en asumir la premisa de identificación entre consumidores y ciudadanos desde la gestión del desarrollo local a través de la cultura. Para evitar este serio inconveniente se debe abordar el desarrollo local como una forma estratégica de mejorar la calidad de vida atendiendo a dos elementos clave que nos devuelven a la categoría “ciudadano”: los derechos y la participación social. Esta última significa llevar a cabo los pasos metodológicos necesarios en el proceso de desarrollo para que sean atendidos todos los actores del territorio. En cuanto a los derechos, es imprescindible respetar una serie de ellos para que el desarrollo vaya más allá de lo circunstancial. Sin ánimo de agotar todas las posibilidades, propongo considerar algunos de los sugeridos por Borja (2001): a la identidad y al lugar; al disfrute del espacio y la belleza; al acceso a las tecnologías de información y comunicación; a la calidad del medio-ambiente (natural/cultural); a la diferencia; a unos mínimos en salud, educación y trabajo que permitan la participación social. A todos ellos me permito añadir un último derecho: al disenso o a la disidencia, al contrapeso a la hegemonía. De este modo, el desarrollo local a través de la cultura es una herramienta para la construcción de ciudadanía en tiempos en los que esta vieja noción se encuentra en crisis.

Referencias bibliográficas

- Aguilar Criado, Encarnación (2005), “Patrimonio y globalización: el recurso de la cultura en las Políticas de Desarrollo Europeas”, en *Cuadernos de Antropología Social*, 21:51-69.
- Albuquerque, Francisco (2003), “Teoría y práctica del enfoque del desarrollo local”, en *Desarrollo territorial y gestión del territorio*, Consultoría de capacitación La Serena, Chile.
- Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires; FCE.
- Ariño, Antonio (1997), *Sociología de la cultura*, Barcelona; Ariel.
- Borja, Jordi (2001), “Cultura, ciudad y ciudadanía. Derechos de la ciudadanía”, en Gómez de la Iglesia, R. (dir), *Cultura, desarrollo y territorio. III Jornadas sobre Iniciativa Privada y Sector Público en la Gestión de la Cultura*, Xabide; Vitoria, pp.167-173.
- Friedman, Jonathan (2001), *Identidad cultural y proceso global*, Buenos Aires; Amorrortu.
- García Canclini, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México; Grijalbo.
- Grefe, Xavier (2001), “El papel de la cultura en el desarrollo territorial”, en Gómez de la Iglesia, R. (dir), *Cultura, desarrollo y territorio. III Jornadas sobre Iniciativa Privada y Sector Público en la Gestión de la Cultura*, Xabide; Vitoria, pp.150-166.
- Hernández Martí, Gil-Manuel (2005), “La globalización y el patrimonio cultural”, en Hernández Martí, G-M., Santamarina, B., Moncusí, A. y Albert M., *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*, València; Tirant-lo-Blanch, pp.123-158.
- Moncusí, Albert (2005), “La activación patrimonial y la identidad”, en Hernández Martí, G-M., Santamarina, B., Moncusí, A. y Albert M., *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*, València; Tirant-lo-Blanch, pp.91-121.
- Rausell, Pau (dir) (2007), *Cultura. Estrategia para el desarrollo local*, Madrid; Ministerio de asuntos exteriores.
- Rifkin, Jeremy (2002), *La era del acceso*, Barcelona; Paidós.
- Robertson, Ronald (2000), “Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad heterogeneidad”, en *Zona Abierta*, 92/93: 213-241.
- Rodríguez González, Román (1998), “La escala local del desarrollo. Definición y aspectos teóricos” en *Revista de desenvolvimiento económico*, 1:6-16.
- Vázquez Barquero, Antonio (2009), “Desarrollo local, una estrategia para tiempos de crisis”, en *Universitas Forum*, 1(2).